

Hudson, Martínez Estrada y las Marta Riquelme

HERMINIA SOLARI

Universidad de Mar del Plata

Argentina

hsolari@mdp.edu.ar

Agradezco a Ana García Coni la valiosa ayuda que me brindó en lo referente a las nociones de «síntoma».

Resumen

Ezequiel Martínez Estrada ha sido considerado como uno de los mayores ensayistas argentinos del siglo XX por su monumental *Radiografía de la pampa*. Años después de esta publicación escribe *El maravilloso mundo de Guillermo Enrique Hudson*. Si toda la referencia de Martínez Estrada a Hudson fuera ésta, lamentaríamos que la agudeza de otras obras suyas tuviera apariciones tan disparejas en ella. Sin embargo, Martínez Estrada escribe con grandeza un cuento largo con el mismo nombre de otro de Hudson, «Marta Riquelme», retomando ésta y otras de sus historias. Sobre estos relatos tratará el trabajo. Se intentará mostrar y justificar, por un lado, que ellos pueden leerse como presentación literaria de síntomas y, por otro, que éstos remiten a América como su referencia.

Palabras clave: G. E. Hudson, E. Martínez Estrada, Marta Riquelme, Síntoma, Latinoamérica.

Abstract

Ezequiel Martínez Estrada has been considered one of the finest Argentinean essayists of the XX Century, due to his monumental *Radiografía de la pampa*. After this publication, he wrote *El maravilloso mundo de Guillermo Enrique Hudson*. If this was the only reference from Martínez Estrada to Hudson, we would regret that the sharpness of others of his writings had such uneven manifestations in it. Nevertheless, Martínez Estrada writes with greatness a long story with the same name than one of Hudson, «Marta Riquelme», evoking this and others of his stories. This work will refer to these narratives. It will be intended to show and justify, on one hand, that they can be read as a literary presentation of symptoms and, on the other, that they take America as its reference.

Key words: G. E. Hudson, E. Martínez Estrada, Marta Riquelme, Symptom, Latin America.

Ezequiel Martínez Estrada ha sido considerado uno de los mayores ensayistas argentinos del siglo XX por su monumental *Radiografía de la pampa*. En esta obra, de 1933, América es condenada por un telurismo radical a la barbarie. La potencia avasalladora de *Radiografía...*, que no deja espacio para los matices en su enjuiciamiento, convirtió al autor en una suerte de maldito Catón.

Años más tarde, en 1951, publica *El maravilloso mundo de Guillermo Enrique Hudson*. Llamativamente, Martínez Estrada se deja seducir por el amor y encanto que Hudson expresa por la pampa. El sufriente y virulento censor del continente ha quedado atrás; nada «wagneriano» (1) aparece en sus páginas; los argumentos condenatorios parecen no haber sido expresados jamás. El resultado es un ensayo que oscila entre interesantes observaciones sobre la obra del autor estudiado, y extensos y anodinos pasajes fácilmente olvidables. Si toda la referencia de Martínez Estrada a Hudson fuera sólo *El maravilloso mundo...*, lamentaríamos que la agudeza de otras obras suyas tuviera apariciones tan disparejas en ella. Sin embargo, Martínez Estrada escribe con grandeza un cuento largo con el mismo nombre de otro de Hudson, «Marta Riquelme», retomando ésta y otras de sus historias.

Sobre estos relatos tratará el presente trabajo. En primera instancia se resumirá detalladamente cada uno de los cuentos para poder pasar a su análisis. Este se hará en dos niveles: se intentará mostrar, por un lado, que ellos pueden leerse como presentación de lo que aparece refiriendo a algo más allá de sí, o sea, como síntoma; por otro, que sus lecturas remiten a América como su referencia.

Las historias de Hudson y Martínez Estrada

Hijo de inmigrantes norteamericanos de origen inglés, llegados en 1833 a la Argentina, Hudson nació en la actual zona de Quilmes (provincia de Buenos Aires) en 1841. En 1874 se trasladó a Inglaterra donde comenzó a escribir y publicar, mucho sobre América, en su lengua materna. Su formación hogareña, y la escasa que tuvo letrada, fue inglesa; la vital fue la de las pampas argentinas. Esto hizo de él un anfibio extraterritorial: un británico en las pampas y un americano en Inglaterra. Según Felipe Arocena, «Hudson era un viajero compulsivo» (2). Podría concluirse de esto que, hasta cierto punto, su mirada de la naturaleza y de la sociedad (de la que son producto en gran medida sus obras) fuera, entonces, la de un extraño que se deja fascinar ante lo nuevo que siempre encuentra, especial-

lmente en la naturaleza. Estos dos aspectos, su desajuste cultural y su mirada inquieta hacen de él un observador agudo y desprejuiciado, de una finísima sensibilidad, capaz de transmitir los más sutiles detalles del mundo y de las emociones que vivió.

«Marta Riquelme» (3) es uno de los cuatro cuentos que componen *El ombú* (1902). La narración es la relación que hace un ficticio joven jesuita, M. S. De Sepúlveda, formado en Córdoba, que en 1838 fue enviado a una pequeña parroquia de Yaví (provincia de Jujuy), lugar que le produjo una tremenda decepción por su paisaje y por la ignorancia, apatía y aislamiento de sus habitantes. A poco de llegar, en una oportunidad en que Sepúlveda había salido a recorrer los alrededores, «resonó un grito, el más terrible que jamás haya oído ser humano» (MRH, 114), sin que pudiera identificarse visualmente qué lo originaba. Consultado Osuna, un indio que hablaba español (una de las cuatro personas que lo hacían en el pueblo), le informó que era el *kakué*. Este era un ave de terrible grito que habitaba los montes más lóbregos y apartados; también se había llamado así antiguamente a la región (el nombre fue mal transcrito por «Jujuy» por los primeros exploradores); y finalmente, también se consideraba que el *kakué* era un ser humano metamorfoseado, mujer u hombre de vida hondamente dolorosa que algún espíritu compasivo había transformado en las lúgubres aves (4). Sepúlveda rechazó y criticó estas tradiciones atávicas que atentaban contra la verdadera fe. Además de Osuna, la viuda de Riquelme y su hija Marta eran de los pocos que conocían el español; con ellas se relacionó Sepúlveda quien, silenciosamente, se enamoró de la joven y sufrió los conflictos que esto le acarreo a su fe. Marta, ciega de amor, se casó con un vago jugador, Cosme, que se ausentaba periódicamente para jugar fuera del pueblo. Cuando uno de estos alejamientos se prolongaba más de lo habitual, Marta, ya madre, se enteró de que su marido había sido tomado para el servicio militar y que necesitaba dinero. Una vez que murió la madre de Marta, esta vendió las propiedades, y con su hijo partió en busca de Cosme. Entonces, cayó cautiva de los indios y el niño murió. Vendida a uno de ellos, intentó escaparse, pero al ser recuperada fue esclavizada y sometida a los tratos más crueles. Luego de un año, terminaron los castigos, pero su infeliz existencia en la tribu se prolongó por unos cuantos más. Durante ellos dio a luz tres hijos, dos de los cuales tuvo que abandonar cuando se le dio la oportunidad de escapar con un matrimonio formado por un indio con otra cautiva que se resistían a llevar a los niños. Por una maniobra ladina, le hicieron desaparecer al pequeño y ya desencajada física y moralmente, luego de días, llegó a Yaví. Sólo vivía de la expectativa del reencuentro con Cosme, el que se produjo después de largo tiempo. Su marido la rechazó y entonces se desplomó. Cada vez más ensimismada, huyó enloquecida al monte donde se escondió. Con la ayuda de otras personas, Sepúlveda fue en su búsqueda, de repente, bajando

sus manos esqueléticas, [Marta] empujó bruscamente el crucifijo a un lado, prorrumpiendo a la vez en una sucesión de quejidos y gritos, que atravesaron mi corazón de angustia. Y luego, estirando hacia arriba los brazos, prorrumpió en gritos tan terribles, y expresivos de una agonía tan profunda que, abrumado por ellos, me dejé caer al suelo, y me cubrí el rostro [...]

- ¡El *kakué!* ¡El *kakué!* –exclamó Montero [el acompañante], que estaba detrás, junto a mí.

- Recobrando el sentido, al oír aquellas palabras, alcé la vista, para descubrir que Marta ya no estaba allí. Porque en aquel mismo momento, cuando aquellos horripilantes gritos resonaban en mis oídos, despertando los ecos de las soledades montañosas, habíase verificado la terrible transformación, y Marta había percibido por última vez con vista humana al hombre y a la tierra. (MRH, 134/5).

La última parte del cuento, que se incorpora más adelante, relata la transformación que se opera en Sepúlveda luego de la experiencia recién transcripta.

En 1951, Ezequiel Martínez Estrada publica el trabajo sobre Hudson mencionado. Cinco años después aparece su «Marta Riquelme» (5), editado junto con otro cuento largo, «Examen sin conciencia». Si bien en apariencia la historia de MRME difiere ampliamente de la de MRH, no sólo el título es común; fundamentalmente, hablan de lo mismo. El cuento es el supuesto prólogo que hace el autor, Martínez Estrada, a la también supuesta obra inédita de Marta Riquelme (las *Memorias* que ella escribe a partir de 1930, entre los doce y los veinte años), en el que se entremezclan confusamente varias historias: la del original, la del grupo de cinco amigos que se juntaron para descifrar el manuscrito, y la de Marta, su familia y la casa que las nuclea. El original se pierde en la imprenta. El resultado de tres años de intenso trabajo desaparece misteriosamente como su autora, de quien no quedan rastros, sin que se la pueda ubicar (la obra había sido entregada por terceros). La tarea de preparado del original había sido dificultosa ya que el manuscrito tenía una «letra imposible [...] representaba grafológicamente las infinitas complicaciones de su alma [...era...] una 'letra fingida' « (MRME, 22/3). A ello se sumaban los *lapsus* y ambigüedades, los saltos, las hojas sueltas y sin numerar. De las 1.786 páginas manuscritas surgió un libro del que no se podía asegurar que fuera el que escribió la autora (cfr. MRME, 24); no obstante es «menester que el lector tenga fe en que el texto que aquí se le ofrece es literalmente el mismo que pensó la autora; o por lo menos que sólo puede contener algunas erratas inevitables» (MRME, 25). Por otra parte, con la pérdida del original, la versión final que se hizo nuevamente fue una reconstrucción del prologuista exclusivamente basado en su memoria.

Llamativamente, Marta Riquelme había escrito que sabía por su destino «que este libro nunca se publicará». El autor hace gran cantidad de aclaraciones salteadas acerca de las memorias y el personaje, a partir de las cuales se reconstruye dificultosamente la historia de Marta Riquelme y su familia. El bisabuelo de Marta había edificado en Bolívar una casa colonial que reunía a toda la familia, «La Magnolia», llamada así por el árbol gigantesco del patio principal, de «personalidad humana, que era un miembro más de nuestra familia» (MRME, 35), bajo cuyo influjo esta vivía unida en la desavenencia. La finca fue ampliándose, «los alrededores fueron estrechándose y al fin la casa vino a ser todo el pueblo resumido, condensado [...] es el lugar donde todos vivimos pero de donde no podemos salir» (MRME, 35/6). Allí suceden acontecimientos de los más terribles, se establecen relaciones sumamente complejas, y hasta literalmente incestuosas, ocultamientos que no ocultan nada. Marta es violada silenciosamente o Marta, con su anuencia, es poseída por su tío; como mucho de lo que se afirma, no queda claro. Finalmente Marta se va de la casa: «Era inevitable, porque el destino así lo quiso, que fuera en busca del tío Antonio. También él vivía su soledad, desgarrado del seno de su familia, como yo» (MRME, 64).

Las historias de las historias

El síntoma

Se considere que el síntoma remite a una verdad oculta que lo causa, o se considere que es expresión del desajuste (6), tanto Hudson como Martínez Estrada lo presentan literariamente. Desde la visión freudiana, podríamos ver que en ambos cuentos se hace la presentación de fenómenos que ocultan y a la vez llevan a otro que los originó y que es su verdad. Desde la lacaniana, podríamos ver que eso que se nos muestra es la evidencia de un desajuste estructural que nos preexiste, en tanto todo discurso se sostiene en una imposibilidad originaria, se vincula a un resto que escapa a la simbolización.

Si bien es sabido el conocimiento que Martínez Estrada tenía de Freud (incluso en MRME lo menciona directamente), nada puede decirse de Hudson en ese sentido. Sin embargo ¿qué sino un síntoma es ese grito que «expresaba un grado de agonía y desesperación más allá de lo que podría sentir cualquier alma viviente» (MRH, 114); un grito que cuando aparece no deja ver abiertamente lo que lo origina? Hudson nos está diciendo que cuando el dolor no puede tolerarse, cuando el avasallamiento es superior a la posibilidad de soportarlo, hay un camino a la locura que no tiene códigos directos para manifestar su causa o desajuste; la palabra queda imposibilitada y aparecen sustitutos o expresiones descentradas.

Martínez Estrada no sólo presenta literariamente el síntoma sino que lo expande al incorporar recursos y referencias que muestran cómo lo que aparece es más que ello. Para esto se vale del juego con el lenguaje.

En principio se destaca la identificación entre el texto y la vida de Marta: no hay vida de Marta sino a través de la narración autobiográfica que es reescrita por el autor. Aunque Martínez Estrada, el prologuista, da algo de información de la casa y de la familia, obtenida a partir de su visita a La Magnolia, dice: «De Marta no supimos absolutamente nada» (MRME, 17). Martínez Estrada parece estar anticipándose a la idea de la importancia de lo literario como factor de construcción subjetiva de la mujer. Cristina Piña destaca este aspecto, y remite a Michel Foucault, quien en *El uso de los placeres* habría señalado que así como desde la antigüedad la construcción de la subjetividad masculina se asocia a la filosofía y otros ámbitos teóricos y prescriptivos, «en el caso de la mujer es en concreto *lo literario* el medio de su construcción» (7). Así, esta subjetividad articulada doblemente de modo narrativo (por la autora y por el prologuista), corre el mismo destino del manuscrito:

Aunque este es episodio extraño al texto [el de la pérdida del original], no lo es en cuanto coincide en su semántica con el destino de la autora y aun refleja una faceta pavorosa de su misteriosa existencia. También ella fue misteriosamente arrebatada al mundo o sustraída a nuestro vivir, por decirlo así, ya que me ha sido imposible encontrarla viva ni muerta (MRME, 11).

A partir de esta base, los emergentes del conflicto se darán como desarticulaciones verbales, saltos, ambigüedades. Como se señaló, en el texto se entrecruzan (y chocan) distintas historias en un lenguaje por momentos caótico que, a medida que se va acercando al núcleo dramático de la cuestión, se hace cada vez más oscuro. La violación de «una criatura» (MRME, 20), que anticipa el autor, parece convertirse en una situación de complicidad entre el tío y la protagonista, pues es un «episodio desfigurado en las *Memorias*» (MRME, 20). El *kakué* de Hudson es reemplazado por el discurso incoherente. La ilusión de la transparencia se esfuma en las primeras páginas.

Las memorias de Marta Riquelme son algo que necesita de reconstrucción. Como se anticipó, desde la letra a las páginas sueltas, hacen del texto confeccionado un resultado inseguro, es decir, «[q]ue Marta Riquelme haya amado apasionadamente desde su infancia, que ese amor casi de criatura haya adquirido la magnitud y la pujanza de una pasión de la madurez de la vida, puede ser exacto según la lectura del libro, y también puede ser falso» (MRME, 29). Así, lo que es, es y no es: el texto de las *Memorias*, no son las memorias; la vida de

Marta, no es la vida Marta; lo que aparece encierra más.

La referencia

De lo que venimos señalando surge que, a pesar de lo dispares que en apariencia son los cuentos, se dan una serie de paralelismos. Las historias de las respectivas Martas son historias dentro de otras, en el caso de la de Martínez Estrada, incluso a desentrañar. Ambos autores, el último con una sutileza y un desarrollo mucho más elaborado, apuntan a la imposibilidad o dificultad de palabra. En los dos está presente el avasallamiento, el abuso. Aunque los contenidos de las vidas de las protagonistas son distintos, es claro que ambas están atravesadas por pasiones y sufren vejaciones y atropellos para, finalmente, desaparecer misteriosamente.

Pero más interesantes que estos aspectos, a la hora de ver de qué están hablando, resultan las referencias intertextuales con que juega Martínez Estrada. Como ha venido surgiendo, además del nombre de la protagonista que, dice el prologuista, «me era conocido y hasta familiar, no recuerdo por qué lectura» (MRME, 9), los guiños obvios que Martínez Estrada hace de la obra de Hudson son el árbol de la casa de Marta Riquelme y el nombre de la editorial. Estos señalamientos fijan las coordenadas para la ubicación geográfica y conducen a la referencia común: América.

Si bien no son calcos especulares, la magnolia de fuerza poderosa, bajo cuyo influjo se suceden desastres en MRME, es el correlato del ombú del cuento homónimo del anglo-argentino; sus comportamientos son similares en lo que se refiere a la acción nefasta que ejercen sobre los habitantes de las respectivas casas. Marta cuenta en sus memorias:

Yo atribuyo a la personalidad tan poderosa del árbol el hecho de que estemos arraigados también nosotros y es tan absurdo que alguno pueda separarse [...] como si una rama del magnolio se desprendiera y fuera a arraigar en otro pueblo, por sí misma. [...] todos permanecíamos unidos porque nos odiábamos. [...] Por lo menos tres muertes se vinculaban también a la historia del magnolio (MRME, 36/8).

Del ombú hudsoniano se lee: «Dicen que la casa ande cai la sombra 'el ombú, padece desgracias, y que, por último cai en ruina» (8). Por otro lado, aunque tal vez no sea legítimo recuperar interpretaciones estradianas presentes en *Radiografía de la pampa* por motivos que se mencionarán más adelante, es

tentador recordar lo que allí dice de esta especie que el autor marca como uno de los símbolos de la pampa: «Es un árbol que sólo concuerda con el paisaje por las raíces; esa raíz atormentada y en parte descubierta, dice del viento del llano. ...[El ombú...] es soledad en la soledad. [...] más que árbol es sombra, el cuerpo de la sombra» (9).

No es casual que Martínez Estrada haya elegido cambiar de árbol. El ombú es «árbol» típicamente surdamericano y «Veinticinco Ombúes» se llamaba la estancia donde nació y pasó sus primeros años Hudson. La magnolia es un árbol de origen exótico, llegó a las pampas del extranjero, del mismo modo que la familia de la Marta de MRME. Es que Martínez Estrada está haciendo referencia clara a la etapa posinmigratoria. La casa de su cuento, que va ampliándose a medida que pasan los años, detallada cuidadosamente por el autor, no es otra que un conventillo argentino, vivienda propia de los inmigrantes que sólo muy tardíamente tuvieron posibilidades de acceder a la casa propia. Podría decirse entonces que, en un aspecto, entre los dos relatos se completa hasta ahora algo de la historia argentina hasta el peronismo, tocándole a Hudson el mérito de hacer la crónica (en el abanico de su obra) de una América anterior a la inmigración y a Martínez Estrada la sanción de la posterior a ella.

En suma, la magnolia de MRME es el ombú de Hudson pero además, también, se acerca al de Martínez Estrada de la *Radiografía...*, es decir, es la pampa en su fuerza destructora. Sin embargo, en el contexto de la obra de Hudson, esta fuerza es sólo un aspecto del movimiento vital y la valora como una de sus facetas (10), mientras que en la pampa del radiógrafo es anuladora.

La editorial tiene el nombre de la primera novela de Hudson: *[La] Tierra Purpúrea*. En esta obra, publicada por primera vez en Inglaterra, en 1885, con el título *La Tierra Purpúrea que Inglaterra perdió*, en dos volúmenes, y cuya versión corregida y definitiva es de 1904, Hudson cuenta las peripecias de su alter ego, Richard Lamb, por la Banda Oriental, la tierra purpúrea. En ella no sólo se presenta ese recorrido a través de las distintas geografías, costumbres, tradiciones, luchas políticas del Uruguay de mediados del siglo XIX, sino el recorrido que realiza Lamb en su apreciación de América; en definitiva es el develamiento de un continente en el que la naturaleza no logra ser corrompida, al que termina admirando por la fuerza vital, la espontaneidad, la igualdad y la libertad de sus sociedades. Es más, en sus últimas páginas, desdiciéndose de lo que había manifestado antes de comenzar su viaje, expresa un alegato en defensa del modo de vida americano contra los desarrollos de la civilización europea y festeja que Gran Bretaña haya fracasado en su intento de penetración en estas tierras:

que los invasores que pudieren en lo futuro pisar tu suelo, tengan la misma suerte del pasado, y te dejen librado, por último, a tus propios recursos [...] que el tizón de nuestra superior civilización jamás toque tus flores silvestres, ni caiga el yugo de nuestro progreso sobre sus pastores –atolondrados, airosos y amantes de la música como los pájaros– transformándolos en el abyecto campesino del Viejo Mundo (11)

Arocena (12) señala que ni en su perspectiva inicial, en que Lamb alienta la invasión sajona, ni en esta conversión final a que hicimos referencia, el personaje se aleja de dos visiones estereotipadas y recurrentes acerca de los latinoamericanos: en el primer planteo, ellos son incapaces por sí mismos del progreso y la democracia, y, del otro lado, la exaltación de América como el lugar de libertad y ausencia de alienación. Si bien puede considerarse cierto que ambas imágenes simplifican y resumen dos visiones opuestas sobre América, creo que hay algo que diferencia a Hudson con respecto a la concepción letrada local dominante de su época, y es que para él la rudeza americana no es deleznable ni merece su extinción, sino que es un matiz de lo auténtico que lleva el signo de una valoración positiva.

Por otro lado, así como Lamb realizó un camino de reconocimiento del mundo americano, podría aventurarse que Martínez Estrada con Hudson logra un encuentro amoroso con las pampas que tanto había condenado. Es llamativo que, habiendo contenido ideológico en MRH que coincide con desarrollos teóricos de su *Radiografía...*, Martínez Estrada no lo explota en su versión de «Marta Riquelme» y lo ignora en *El maravilloso mundo...* (13). En las últimas páginas de este libro, en el contexto de valoración de lo fantástico que emerge de lo real en la obra de Hudson, se lee: «hasta nosotros mismos nos contagiamos de esa devoción de belleza y nos asombra encontrarnos partícipes de un bien que poseíamos y desconocíamos» (14). Si bien esta especie de confesión va más allá de la aceptación del prodigio de estas tierras, esto está incluido y no hay un solo pasaje crítico acerca de la obra de Hudson en el que Martínez Estrada reniegue del encanto por las pampas que revela el anglo-argentino. Podría especularse, entonces, que la referencia a *La tierra purpúrea* como editorial de las memorias de la segunda Marta instala la elección de Martínez Estrada en el reconocimiento de lo americano.

En lo que atañe al pensamiento de América, las consideraciones específicas del cuento de Hudson parecen remontar a su pasado indígena y al desencuentro que trajo la conquista. En principio el relator de la historia se llama «de Sepúlveda» (aunque no, Juan Ginés) como el fraile que en la contienda con Bartolomé de las Casas, en 1550 (Valladolid), estigmatizó a los indígenas como una «raza» inferior

y esclava «a natura», y con ello justificó teóricamente el derecho a la conquista y colonización del continente americano, a la vez que el establecimiento de un régimen jurídico al que debieron someterse los indígenas y sus bienes (15). Es probable que Hudson conociera referencias de Sepúlveda por su lectura de autores españoles. De aceptarse esta posible relación, quedaría remitida su historia a un pasado en el que se configura una identidad conflictiva, producto del avasallamiento sobre los pueblos originarios.

El Sepúlveda hudsoniano, a su llegada a Yaví, desprecia también a los habitantes primitivos que ofrecen una oposición infranqueable a la evangelización. Cuando Sepúlveda recibe la explicación del informante acerca del terrible grito que había oído, lo reprende y desacredita todos sus dichos. A esto el indígena respondió: «Yo sólo he dicho lo que nosotros, en Jujuy, sabemos ser un hecho. Lo que es, es, y aunque usted hable hasta mañana, no lo puede cambiar, por muy letrado que sea» (MRH, 116/7). Osuna, en cuanto indígena, aunque no puede dar cuenta de un significado último del *kakué* (si es que lo hay), es el que conoce las distintas alusiones del término: tierra, sufrimiento y transfiguración se condensan constituyendo una resistencia insalvable. Sepúlveda comprueba, y se violenta por ello, la imposibilidad de llegar con sus argumentos y su prédica al fondo de una América encapsulada en su propia herencia: «abrazaron el Catolicismo hace siglos; pero jamás ha penetrado bien en sus corazones [...] estaba regando la roca donde ninguna semilla podría germinar» (MRH, 118).

Sin embargo, así como el enamoramiento de Marta afecta la fe de Sepúlveda, la experiencia de transformación de ella en *kakué* inicia la conversión de su propia resistencia. Sepúlveda, al mismo tiempo que critica las viejas creencias locales, termina incluyéndolas en el contexto de las propias: las divinidades de los primitivos habitantes son demonios que impiden la evangelización. El resultado es el mestizaje de una América que, dolorosamente dominada, se muestra reacia a entrar en el camino «civilizatorio» de los conquistadores, actuando a la vez sobre ellos. América conquista al conquistador; Martínez Estrada diría en la *Radiografía...: «Mientras nuestros padres peregrinos creían que daban forma a este mundo, lo que ya tenía forma en él y lo informe, que era la rebaba de esa forma, los moldeaban a su imagen y semejanza» (16).*

Algunas consideraciones finales

Las peripecias de las Martas entran en las líneas temporales (que van desde la época de la conquista, si se acepta la interpretación referida a Sepúlveda, al peronismo) con las espaciales. Éstas cubren desde el rural noroeste argentino

donde transcurre el cuento de Hudson a la «ciudad o pueblo de Bolívar» (MRME, 19; ¿metáfora condensatoria de Surdamérica?), el in-nombrado lugar donde Martínez Estrada escribe el prólogo, pasando por la Banda Oriental (la «Tierra purpúrea»). En este trayecto quedaron presentadas y asociadas distintas (aunque no todas) vertientes antropológico-culturales básicas que configuraban América a mediados del siglo XX: la indígena, la de la conquista española y la inmigratoria de fines de siglo XIX y principios del XX. Si bien otra interpretación posible del cuento de Martínez Estrada se vincularía al contexto político argentino, podría decirse que, en su referencia al país, y en relación con el de Hudson, en él se dan los supuestos constitutivos de una identidad problemática. América se configura sobre la base del desencuentro y el sometimiento; su mostrarse encierra una conflictividad que la marca. Ella actúa como fondo que se resiste al camino de progreso occidental. En este sentido, podría pensarse en un anticipo literario, sin la perspectiva sustancialista y confrontativa, de ciertas ideas que años después desarrollaría Rodolfo Kusch en su *América Profunda*. Para este autor el proyecto liberal ha fracasado y se debe a que ignoró al hombre americano mismo; de allí también, la imposibilidad de ser plenamente europeo a pesar de los intentos de los patriotas y el papel que le cupo a la inmigración como herramienta occidentalizante: «El Martín Fierro registra el fracaso del país como unidad orgánica y la frustración –aunque aparente– de su fondo original» (17). Por otro lado, la relación entre América y la mujer como lugar de sometimiento es un tópico que no ha escapado al pensar latinoamericano. Devés Valdés resume el tratamiento que se le dio a la cuestión en la primera mitad del siglo XX : «la mujer es como el continente o el continente es como la mujer. Ambos padecen problemas parecidos y están, por tanto enfrentados a similares desafíos» (18).

Con las ideas desarrolladas en este trabajo no se pretende haber transparentado aquello de que se hablaba; nada dice que se haya llegado al núcleo de la cuestión (nuevamente, si es que lo hay). Lo de más que dicen los cuentos podría ser algo distinto porque, del mismo modo que «*kakué*» remite a tres cosas (pájaro, territorio y persona metamorfoseada), las Martas en su aparecer desapareciendo dejan abierta la posibilidad para seguir pensándolas; tal vez porque, además, nos enfrentamos a la persistencia de un resto que escapa a su captura.

Notas y Referencias bibliográficas

- (1) Cfr. FERRER, C. (s/d). «Soriosis y nación. Técnica y sintomatología».
- (2) AROCENA, F. (2000). *De Quilmes a Hyde Park. Las fronteras culturales en la vida y la obra de W. H. Hudson*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, p. 109.
- (3) De aquí en más el nombre de este cuento de Hudson se abreviará con la sigla «MRH», y las referencias de las citas de él que se realicen se harán inmediatamente después de ellas, en el cuerpo del trabajo, entre paréntesis, con la sigla seguida del número de página correspondiente a la edición de *El ombú* que figura en la bibliografía.
- (4) El *kakuy*, *cacuí*, *turuay* o *urutaú* es un ave nocturna del norte argentino, muy difícil de avistar, alrededor de cuyo melancólico canto se tejieron diversas versiones de leyendas. En la bibliografía consultada, en ninguna de ellas se habla de la referencia a Jujuy y siempre es una mujer la involucrada sin que se mencione al hombre como posible metamorfoseado. Cfr. Villafuerte, C. (1978). *Aves argentinas y sus leyendas*, Buenos Aires: Corregidor; Coluccio, F. (1964). *Diccionario folklórico argentino*, tomo I. Buenos Aires: Luis Lasserre,
- (5) De aquí en más el nombre de este cuento de Martínez Estrada se abreviará con la sigla «MRME», y las referencias de las citas de él que se realicen se harán inmediatamente después de ellas, en el cuerpo del trabajo, entre paréntesis, con la sigla seguida del número de página correspondiente a la edición que figura en la bibliografía.
- (6) Cfr. Sarchman, I. (s/d). «Los síntomas en una sociedad poshumanista». Fotocopiado; Lacan, J. (s/d). «Conferencia en Ginebra sobre el síntoma». Fotocopiado.
- (7) PIÑA, C. (1997). «Las mujeres y la escritura: el gato de Cheshire», en *Mujeres que hablan sobre mujeres (que escriben)*. Buenos Aires: Biblos, p. 32.
- (8) HUDSON, G. (1959). «El ombú», en *El ombú y otros cuentos rioplatenses*, Buenos Aires: Espasa Calpe, 6ª ed., p. 12.
- (9) MARTÍNEZ Estrada, E. (2001). *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires: Losada, 14ª ed., p. 100.
- (10) Dice Hudson en (1941). *La Tierra Purpúrea*, Buenos Aires: Biblioteca Pluma de Oro, p. 323: «Detesto todo ilusorio sueño de una paz perpetua, toda maravillosa ciudad del sol donde la gente pasa su monótona y desabrida existencia en contemplaciones místicas, o encuentra su deleite, como monjes

budistas, en contemplar las cenizas de generaciones muertas de devotos. El estado ese es contrario a lo natural, e indeciblemente repugnante; el reposo sin sueños del sepulcro es más tolerable a la mente sana y activa que una existencia semejante».

(11) HUDSON, G.: *op. cit.*, p. 324.

(12) AROCENA, F.: *op. cit.*, p. 71.

(13) En MRH se hace referencia al aislamiento y ensimismamiento, a lo informe, al conquistador conquistado y a la condena en estas tierras americanas, que son tópicos característicos de la *Radiografía...* que Martínez Estrada obvia desarrollar tanto en el cuento como en el estudio que hace sobre la obra de Hudson.

(14) MARTÍNEZ Estrada, E. (2000). *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*, Rosario: Beatriz Viterbo, p. 374.

(15) Cfr. Magallón Anaya, M. (1993). «Filosofía política de la conquista», en: Zea, Leopoldo (comp). *Sentido y proyección de la conquista*, México: Fondo de Cultura Económica.

(16) MARTÍNEZ Estrada, E. *Radiografía...*, p. 134.

(17) Cfr. KUSCH, R. (1975). *América profunda*, Buenos Aires: Bonum, p. 162.

(18) DEVÉS Valdés, E. (2000). *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad, tomo I, Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*, Buenos Aires: Biblos, p. 244.